

cia entonces la prisa con que se había procedido á la aprobacion de la nueva ley electoral.

Cromwell se reunió con sus amigos para ver cómo se podría evitar el amenazador acontecimiento. ¿Quién podría decir las resoluciones que adoptó en su interior, las dudas de que se halló oprimido? Tuvo que pasar porque se disminuyera el número de las tropas á principios del año 1653, y los triunfos de Roberto Blake amenazaban con oscurecer los suyos. El Parlamento apoyado en las recientes victorias de la marina, había tomado una actitud altanera respecto del ejército, que había sido quien le había dado el poder. Un diplomático veneciano dice que oyó que se le había dicho á Cromwell que algun día el Parlamento le cerraría las puertas, y añade que el general contestó: «Si á mí el Parlamento me cierra las puertas un día, yo otro día se las cerraré al Parlamento.» En esta situacion, Cromwell, empujado principalmente por dos de sus compañeros, tomó la resolucion de obrar. El uno era el mayor general John Lambert, quien había pasado del estudio del derecho á la práctica de las armas y que se había distinguido ya en varias batallas, no pudiendo perdonar al Parlamento que no le hubiese dado los poderes que á Ireton ni le hubiese mandado á Irlanda, á donde quería ir. Era un hombre orgulloso, que parecía preferir el bien y la voluntad del ejército á todo lo demás. El otro era el mayor general Tomas Harrison, que se había distinguido contra los escoceses, naturaleza entusiasta que había abrazado las creencias de los anabaptistas, en la esperanza de una próxima regeneracion política y religiosa de su pueblo, para la cual, á su juicio, el principal obstáculo era la existencia del Parlamento largo. El Parlamento se ocupaba en concluir el bill de reforma que debía ser aprobado en totalidad el 20 abril de 1653. Todavía entonces los jefes del ejército trataron de hacer valer su modo de pensar de una manera pacífica. En la noche del 19 se celebró una importante reunion en casa de Cromwell, á la cual asistieron unos veinte de los mas notables miembros civiles del Parlamento. Los célebres juristas Whitelocke, Windington y St. John habían aceptado la invitacion y probablemente concurrió también Henry Vane, á quien no podían ocultarse los peligrosos deseos de los afiliados. En nombre de estos tomó la palabra Cromwell para expresar sus temores, y se le contestó que realmente sólo podía obtenerse la salvacion del Estado continuando el Parlamento existente, con lo cual se puso de manifiesto en qué sentido se comprendía el bill de reforma. A los oficiales les descontentó tal respuesta é hicieron la contraproposicion de que se nombrase una junta de gobierno interina, compuesta de unos cuarenta miembros tomados del Parlamento y del ejército, que debía durar hasta que se creyese que podía procederse sin peligro á la eleccion de otro Parlamento. Ante todo debía disolverse pronto el Parlamento mutilado. Uno de los del elemento civil, St. John, se puso al lado de los militares; pero los demás pusieron muchas dificultades fundadas en la constitucion y se negaron á continuar las negociaciones sin consultar con sus amigos. Se levantó pues la sesion muy tarde, y varios miembros prometieron á los oficiales que se suspenderían los debates sobre la aprobacion del bill de reforma hasta que pudiese verificarse una nueva conferencia.

El 20 de abril por la mañana reuniéronse en casa de Cromwell algunos de sus compañeros de armas y un par de miembros del Parlamento, y se discutía de nuevo el tema de la noche anterior, cuando Cromwell recibió la noticia de que en Westminster continuaba la discusion sobre el bill de reforma y se trabajaba á toda prisa para terminarla. Esta noticia, confirmada por varios mensajeros que llegaron sucesivamente, llenó de ira á los oficiales; Harrison, como miembro de la Cámara, había tratado de impedir que se

discutiera el bill, pero la mayoría no quiso hacer caso de sus advertencias. Uno de los coroneles dió á entender á Cromwell que si quería tomar alguna resolucion enérgica no tenía tiempo que perder. Cromwell se puso en camino hacia Westminster, acompañándole Lambert y otros oficiales y una seccion de soldados que recibió orden de apoderarse de los alrededores de la sala de sesiones. Cromwell entró vestido de paisano con traje negro, se sentó en su sitio acostumbrado y escuchó la discusion; pero al poco rato hizo una seña á Harrison y le dijo al oído que le parecía venido el momento de disolver la Cámara. Sin embargo esperó al momento preciso en que iba á procederse á la votacion decisiva. «Ha llegado la ocasion dijo á uno de sus confidentes; debo hacerlo.» Pidió entonces la palabra y pronunció un discurso en cuyo principio hizo mencion de los servicios que había prestado el Parlamento; pero pronto cambió de tono y habló de la falta de probidad y del egoismo de varios miembros, acusó á la Cámara de que quería declararse permanente y declaró que Dios había escogido instrumentos mas dignos para llevar á cabo sus propósitos. Cuando se le interrumpió echándole en cara un lenguaje tan agresivo exclamó: «Basta, quiero poner término á vuestra palabrería.» Con la cabeza cubierta se puso en medio del salon hablando de un modo apasionado. Dijo que el Parlamento había durado demasiado sin cumplir lo que había prometido. Se dirigió entonces particularmente á varios miembros llamando borracho al uno, imbécil al otro, etc., y preguntando qué era lo que podía esperar el bien público de tales hombres. «Ya no sois Parlamento, dijo al concluir, quiero poner término á vuestras sesiones.» Exigió del presidente que abandonase su silla, y cuando este declaró que solo el Parlamento podía mandarle, Cromwell dió orden al coronel Harrison para que abriera las puertas. Entonces entraron dos secciones de mosqueteros. Henry Vane se levantó exclamando: «Esto es contra el honor.» Y Cromwell contestó: «Oh sir Henry Vane!, el Señor me libre de sir Henry Vane;» y dió orden á los soldados de que se llevaran «aquel juguete,» señalando el cetro de la Cámara. Harrison cogió al presidente por la mano y le hizo levantarse de su asiento; los demás miembros abandonaron el salon unos despues de otros. «Vosotros mismos me habeis obligado, exclamó Cromwell; días y noches he rogado al Señor que me quitara la vida antes de verme precisado á cometer esta accion.»

Se cerraron las puertas y el bill que iba á votarse quedó en manos de Cromwell. De regreso á Whitehall dió cuenta á los oficiales reunidos de lo que había sucedido, y por la tarde, dirigiéndose con Lambert y Harrison al Consejo de Estado, que se hallaba reunido bajo la presidencia de Bradshaw, le negó el derecho de continuar desempeñando su cargo, pues que el Parlamento, segun sabia, había sido disuelto. Bradshaw contestó que verdaderamente sabia el Consejo lo que había sucedido, pero que el Parlamento no podía ser disuelto por ningun poder del mundo sino por su propia voluntad. También protestaron otros miembros del Consejo de Estado, pero todos cedieron á la fuerza. Pronto fué nombrado otro poder ejecutivo con Cromwell á su cabeza y compuesto de trece miembros, cuya mayoría eran oficiales superiores. A la puerta del Parlamento se encontró un letrero que un bromista puso en la noche del 20 al 21 de abril y que decia: «Se alquila esta casa, hoy desamueblada.»

CAPITULO III

EL PARLAMENTO PEQUEÑO—INSTITUCION DEL PROTECTORADO

Se cuenta que Cromwell, despues de la disolucion del Parlamento largo, había dicho á los oficiales: «Cuando fui á la

Cámara no pensaba hacerlo, pero cuando noté que el espíritu del Señor obraba con tanta fuerza sobre mí, no quise tomar por mas tiempo consejo de la carne y de la sangre.» No merece gran confianza el origen de esta relacion; pero aunque fuese cierta, seria imposible creer en la verdad de las palabras de Cromwell, pues lo que había sucedido se veía perfectamente que había sido preparado de antemano. Por la mañana durante la conferencia quizás creyó Cromwell que se obtendría una suspension de lo que temia y que podría encontrarse una solucion pacífica de la cuestion. Pero cuando recibió el mensaje de que continuaba la discusion del bill de reforma; cuando se decidió á ir llevando consigo los soldados y penetró en la sala de sesiones, entonces de seguro que su intencion era intentar un golpe de fuerza contra el Parlamento. Posteriormente excusó repetidas veces el paso que había dado con la «necesidad.» Satanás en el *Paraíso perdido* de Milton se excusa asimismo de lo que ha hecho apoyándose en la «necesidad,» pero el poeta no olvidó el decir que esta es la «razon justificativa de los tiranos.»

El resultado fué que no habiendo retrocedido Cromwell ante la responsabilidad del hecho, tomó ante la nacion el compromiso de hacer lo que el Parlamento no había sabido ó no había querido hacer. La proclama en que exponia los motivos que le habían obligado á disolver el Parlamento fué aprobada por muchos. Los jueces, jerifes, corregidores y demás empleados continuaron en sus cargos como si nada hubiese sucedido, pero Cromwell, recibió felicitaciones de la clase media, en las cuales se le daba el nombre de nuevo Moisés que debía guiar el pueblo de Dios y se aplicaban á los miembros del Parlamento disuelto las palabras del salmista: «No os glorieis tanto de vuestro poder, no habéis con tanta obstinacion.» El ejército de Escocia alabó la accion verificada, diciendo que había «alegrado el corazon de miles de personas;» el de Irlanda se sometió sin vacilacion, y los jefes de la escuadra, mientras Blake con algunos buques cruzaba por las costas de Escocia, dieron á conocer su adhesion. El mismo almirante, fogoso republicano, declaró á algunos de sus capitanes que él nada tenía que ver con la política, sino que su mision era combatir al enemigo, y á alguno de sus oficiales les dijo que el acto de fuerza cometido por Cromwell era la «aurora del día de la libertad.» Algunos aldermen de la City pidieron que se permitiera al Parlamento que continuase sus sesiones, pero se les obligó á callar por medio de una contra peticion, mientras el Lord corregidor enviaba á Cromwell una espada en signo de sumision.

Uno de los embajadores extranjeros escribió en aquella ocasion á su país: que Cromwell aceptaría el título de Protector y gobernaría la nacion al frente de veintin «conservadores de la república,» y otro manifestaba su asombro de «la calma, buena voluntad y falta de desórdenes con que se había verificado aquel cambio inesperado.» «Con este gobierno, añadía, todos los asuntos se resuelven mas pronto y mejor que con el anterior Parlamento, cuyo egoismo é infidelidad se hacian mas visibles cada día. A algunos de sus miembros se les obligará á rendir cuentas y alguna esponja muy henchida quedará completamente exprimida.»

Sin embargo, el nuevo gobierno se mostró muy moderado en todos sentidos y no procedió á acusaciones y condenas como unos habían deseado y otros temido. El trato personal de Cromwell era muy agradable, pues se esforzaba en ser «amable con todo el mundo, procurando ganarse la voluntad de los que se le acercaban,» haciéndose notar que se esforzaba en merecer buena opinion de los nobles y de los realistas. Aparte del Consejo de Estado nuevamente constituido, se apoyaba en el consejo de oficiales. De este procedió la orden de que la contribucion para pagar al ejército y la ma-

rina continuara cobrándose, aun pasado el tiempo para que fué votada. Por medio de la misma cooperacion se procedió á la formacion de un nuevo poder que diera las leyes, pues si bien los jefes del ejército habían tomado sobre sí el dispersar el Parlamento largo, no querian que se creyera que querian conservar siempre en sus manos el mas alto poder del Estado. Volvieron pues á una idea expresada ya anteriormente y que les parecía aceptable: «nombrar personas llenas de temor de Dios, de honradez y de fidelidad probada, que cuidasen de la paz, de la seguridad y de la buena administracion de los intereses del Estado.» El mayor Harrison, cuya cabeza estaba llena de recuerdos del antiguo Testamento, hubiera deseado que el número de los nombrados se elevara á setenta, pues que el Sanhedrin de los judíos había tenido el propio número; pero finalmente se acordó que lo constituyeran casi el doble número, por que debía contener cierto número de enviados de Escocia é Irlanda. El consejo de oficiales se puso en relaciones con los «bien pensantes,» especialmente con los mas celosos miembros de los municipios donde dominaban los independientes que se tenían por instrumentos del Señor. Cromwell, como capitán general y comandante supremo de todas las fuerzas activas de la nacion, dió á cada uno la orden de hallarse el 4 de julio en la cámara del Consejo de Whitehall.

En sustitucion del Parlamento se constituyó, pues, una Asamblea de puritanos notables, que debía llevar la revolucion á buen término y dar cumplimiento á las esperanzas de los creyentes. Así como los ánimos exaltados del siglo xvi habían soñado en establecer en la tierra el imperio de Dios, del mismo modo los entusiastas ingleses pensaban haber llegado al término de sus deseos. «Despues de tantos sufrimientos y males, empezaba una exposicion dirigida á Cromwell, despues de tantas luchas entre los poderes mundanos y los instrumentos de Cristo, por fin se acerca la hora del nacimiento de la tan deseada reforma.» «El Señor te ha escogido, decíase en otra, para romper el yugo y dar libertad á los oprimidos.... La justicia y la verdad te ciñan; descansen en tí un fuerte sentimiento de la sabiduría, de la prudencia y del celo, y el poder de Cristo te apoye; la mano de Dios que hasta ahora te ha ayudado esté siempre contigo.»

Empapados en estas ideas se reunieron en el día determinado los que habían sido invitados por Cromwell. Los realistas habían agotado su sátira contra el Parlamento pequeño, llamándole por burla Parlamento Barbone, del nombre de uno de sus miembros, comerciante en cueros que se distinguía por sus extravagancias y se reía de la categoría y del lenguaje puritano de sus colegas; pero entre el número de los demás estaban Roberto Blake y algunos hombres de origen elevado, soldados distinguidos y comerciantes acaudalados. Aunque los hombres de experiencia y de educacion política estaban en minoría respecto de los fanáticos, estos estaban muy lejos de ser como los anabaptistas de Munster.

Cromwell, rodeado de varios de sus oficiales, saludó á la Asamblea con un discurso solemne. Es el primero de sus discursos que da idea clara de su talento especial. En ellos se ve que iba preparado respecto de lo que debía decir en conjunto, pero que en los detalles se fiaba á la inspiracion del momento. Su lenguaje es á menudo el de un soldado, pero otras veces es el de un hombre de Estado, que mide prudentemente sus palabras, hace distinciones y se contenta á veces con ligeras indicaciones; pero nunca fué elegante ni abundó en brillantes imágenes. El espíritu religioso que dominaba al orador se manifiesta en frases místicas difíciles de comprender para el lector moderno.

En aquel momento en que el general se presentaba delante de los escogidos se encontraba con la difícil mision de

justificar ante todo lo sucedido, y no halló mejor medio que echar una mirada retrospectiva y hacer ver que la nación no había encontrado por medios pacíficos la manera de obtener los frutos de tanta sangre derramada. Al mismo tiempo expuso á la Asamblea el fin que debía tener ante la vista. «Habeis sido llamados por el Señor, como lo fué Judá, para gobernar con él y para él... es mejor rogar por vosotros que participar de vuestro consejo; estoy seguro que ni los santos lo hacen hoy día como lo han hecho y volverán á hacerlo», y añadió lo que se esperaba de ellos como hombres: moralidad, imparcialidad y honradez; y lo que de ellos se esperaba como legisladores: esmero en la propagación del Evangelio; establecimiento de un cuerpo eclesiástico digno; protección respecto de «todo el rebaño de creyentes» sin distinción de modo de pensar, con tal que quisieran vivir pacífica y honradamente en el país. «Os digo que habeis sido llamados para grandes cosas; ¿y por qué no hemos de decir y pensar que esta es la puerta para hacerse digno de las promesas de Dios, según las profecías, y en cuya esperanza ha preparado el Señor los corazones de su pueblo? Nosotros sabemos quiénes son los que harán la guerra con los corderos contra sus enemigos: un pueblo escogido, llamado y creyente. Dios está en el camino de la guerra; esto podemos decirlo sin adularnos, y vosotros mismos sabéis que apoya y protege este pueblo; ¿no ha de aparecer pues en este poder pacífico y autoridad civil? Creo que estamos á la entrada y que debemos levantar la cabeza y fortificarnos en el Señor. Por esto algunos de nosotros hemos creído que debíamos seguir este camino obrando, y no permanecer inactivos confiados en la profecía de Daniel: «El reino no pertenecerá á otro pueblo.»

Las palabras de Cromwell encontraron eco en la asamblea que también vió en su cargo un carácter religioso, por lo que todo lo que de ella procedía llevaba dicho sello. La primera sesión se dedicó á rezos públicos y rezando pasaban el tiempo los miembros de la Asamblea que se hallaban presentes hasta que se completaba el número de los que eran necesarios para poder tomar acuerdos. A pesar de ello la Asamblea no perdió de vista su carácter político; eligió su presidente y se dió el nombre de «Parlamento de la república inglesa». La antigua sala de la Cámara de los Comunes fué el punto señalado para sus sesiones. Cromwell y otros cuatro oficiales superiores, entre ellos Lambert y Harrison, fueron nombrados miembros de la Cámara. La Asamblea había recibido de manos de Cromwell un reglamento en virtud del que se le confiaba el mas alto cargo en el Estado, pero con la condición de que no debía durar eternamente como el Parlamento largo, sino que en noviembre de 1654 debía dar lugar á otra. En virtud de dicho reglamento el Parlamento pequeño nombró un nuevo Consejo de Estado donde tuvieron entrada los miembros mas notables del poder ejecutivo anterior, y dirigió una proclama al pueblo en la que expresaba la esperanza de que Dios por medio de sus servidores escogidos llevaría á término su obra, «la construcción de su templo» y establecería la justicia y la paz no solo en Inglaterra, sino en todo el universo. En seguida se pusieron en movimiento por no quedar solo reducidos á promesas. Se nombraron varias comisiones encargadas de estudiar las grandes cuestiones de las reformas que el Parlamento disuelto había dejado sin resolver, y de todas partes se presentaron exposiciones que dieron materia suficiente para los trabajos de las comisiones. Los realistas hacían presente su triste situación y suplicaban que se les devolviesen parte de los bienes que se les habían confiscado, y prisioneros maltratados se quejaban de la dureza de sus guardas. Las personas que se hallaban en la prisión por deudas, pedían que se fijara la

vista en los antros de tortura que se llamaban cárceles, prisiones, torres por deudas, etc. Todo fué materia de discusión, así como la mala administración de Hacienda, la confusión del derecho existente, la dureza de las leyes criminales, el poco cuidado por la educación del pueblo y la propaganda de la palabra de Dios.

Un observador extranjero, suizo, que se hallaba entonces en Inglaterra para facilitar un tratado de paz con Holanda, no pudo menos de alabar la actividad de aquella Asamblea, diciendo que «había procurado echar los fundamentos de muchas cosas que eran muy deseadas, como la reforma de sus leyes, crueles en muchos puntos, el poner en libertad los ciudadanos que permanecían años y años en la cárcel por deudas, la inspección del tesoro nacional y la vigilancia de sus empleados para disminuir las contribuciones, la protección de los pobres, el impulso dado al comercio, el descubrimiento de las falsificaciones en los cargos del Estado y otras corporaciones, y el auxilio prestado á los sabios y universidades.» Además de las varias disposiciones dadas con referencia á los puntos mencionados, el Parlamento pequeño publicó leyes de gran importancia en las cuales se adelantó á su siglo.

Impregnado en las ideas del independentismo, según las cuales debían fijarse perfectamente los límites respectivos del poder civil y del religioso, declaró que el matrimonio era un acto puramente civil, decidiendo que solo la fuerza civil del matrimonio era válida ante el Estado. En cada distrito parroquial debía haber un registro civil y cada proyecto de matrimonio debía hacerse público por tres veces por el empleado del Estado. Los contrayentes debían presentarse con los papeles exigidos por el Estado y acompañados de dos testigos ante el juez de paz, exponer en una forma determinada el deseo de contraer matrimonio y recibir de él la confirmación de que eran marido y mujer. El registro del estado civil debía servir al mismo tiempo para llevar nota de los nacimientos y de las defunciones. Fijáronse al mismo tiempo los honorarios y se declaró que los pobres que dependían de la beneficencia estaban dispensados del pago de los derechos.

Dos eran entre tanto las cuestiones que ocupaban principalmente la atención del Parlamento pequeño. La una se refería á la reforma del derecho y del procedimiento jurídico, de la cual formaban una pequeña parte la limitación de la prisión por deudas y la abolición de algunas costas. En el Parlamento largo ya se había presentado una proposición respecto de este asunto, y la Asamblea de los «santos» volvió á ponerla en estudio, ocupándose en su examen con mucho celo. Fiel esta asamblea á los antiguos planes, preparó la codificación del derecho común, de todos los estatutos y de los precedentes, usando para ello la lengua inglesa y quitándole el carácter demasiado científico que tenía, para que estuviera al alcance de la comprensión del pueblo. Pero los principales ataques se dirigieron contra el Chancery Court, ó sea el tribunal del Lord Canciller, que administraba justicia por las reglas de la equidad, en frente de los tribunales que se atenían al derecho común, creyendo los miembros radicales del Parlamento que aquella doble institución era inútil; y aunque los demás diputados no pensaban todos de la misma manera, estaban acordes en que el tribunal de la Cancillería no podía continuar tal como hasta entonces. Se presentaron infinitas quejas contra el número excesivo de sus empleados, los sueldos exagerados de estos, la lentitud de sus sentencias y el gran número de formalidades que exigían; en una palabra, gozaba de la misma reputación que después tuvo la Cámara imperial de Alemania. Se decía que en la Cancillería se hallaban pendientes de resolución mas de veinte mil pleitos, de los cuales había

algunos que hacía treinta años que duraban, y que el tribunal en un solo asunto había dado quinientas disposiciones que todas habían costado mucho dinero, y se acusaba á los jueces de aceptar dinero de los clientes que deseaban que sus asuntos marcharan con rapidez. Tres veces consecutivas se presentó un bill decretando la supresión del tribunal del Lord Canciller, pero esta medida encontraba gran oposición, puesto que no se había decidido aun qué otra institución se pondría en su lugar, ya que no podían dejarse pendientes los innumerables procesos que de la misma dependían, y los jurisconsultos salieron á la defensa de un tribunal que si bien necesitaba grandes reformas no debía en su concepto ser suprimido. Todas estas consideraciones no pudieron impedir sin embargo que fuese aprobado en segunda lectura un cuarto bill, en el cual, procurando subsanar las faltas de los anteriores, se disponía que desapareciera el nombre de tribunal del Lord Canciller.

Ocupóse después la Cámara en decidir la manera de remunerar á los pastores en lo sucesivo, pues si bien los celosos puritanos de Westminster creían que el Estado debía facilitar la «propaganda del Evangelio» y estaban pesados de que en muchas partes del país no estuviese organizado el servicio religioso, juzgaban contrario á sus creencias el sostener el sistema del patronato y de los diezmos. No estaban aun decididos á seguir la opinión de Roger Williams, que quería se encargara á las parroquias libres el sostener los gastos ocasionados por el culto, pero encontraban deprimente que un noble propietario figurase como patrono de la parroquia en donde tuviera sus bienes y pudiera imponer un pastor á su gusto, y hallaban poco justo que, usándose los diezmos para las atenciones del culto, se vieran obligados á pagarlos todos los individuos de aquel municipio, fuesen cuales fuesen sus creencias. En esto veían los últimos restos de la esclavitud católica, las últimas reliquias de la teocracia judía. «Suplicamos—se decía en una exposición del condado de Kent—que se supriman completamente los diezmos, y que cese de una vez la esclavitud judía y anticristiana que pesa sobre los bienes y la conciencia del justo, no viéndose obligados los ciudadanos á sostener un pastor contra su voluntad.» Pocos años después combatió John Milton con todo el fuego de su elocuencia «el sueldo mercenario, la ponzoña de la verdad», pidiendo que la recompensa que merecía el que enseñaba la palabra de Dios, como la merece todo trabajador, consistiera en donativos voluntarios de los fieles. Se opuso á que se cobrara ningún impuesto que tuviese por objeto el sostenimiento del culto y pedía que se vendieran los bienes del clero y con su producto se construyesen escuelas y bibliotecas populares.

Estos ataques contra el patronato y los diezmos no eran nuevos, pues tenían su fundamento en las ideas de los independentes sobre el libre albedrío, pareciéndoles que toda violencia en asuntos religiosos era una gran falta contra lo mas sagrado. Pero al mismo tiempo iban mezclados con ellos los intereses políticos de su partido, ya que suprimiendo los patronatos se quitaba á muchas familias nobles uno de sus derechos mas importantes y se disminuía su influencia social, contra la cual todavía necesitaba ponerse en defensa el nuevo orden de cosas creado por la revolución. Además, si se libraba á los bienes sujetos á diezmos de este censo molesto, era de esperar que se ganara la voluntad de los que los poseían.

Muchos de los beneficios se hallaban aun en poder de los partidarios del episcopado, si bien se veían privados de practicar el antiguo ritual, y los demás habían sido arrebatados por los presbiterianos. Unos y otros estaban acostumbrados á mirar con desprecio á los independentes, y así

cuando estos últimos se hicieron con el poder, trataron de atacar la raíz de la existencia de sus enemigos.

Respecto del derecho de presentación de los patronos se acordó que quedara suprimido y que cada parroquia pudiera elegir libremente su pastor; pero en la cuestión de los diezmos no fué posible ponerse de acuerdo, pues á medida que la comisión nombrada al efecto fué estudiando el asunto se vió que había muchas complicaciones. Muchos de los diezmos habían pasado á ser propiedad particular, y si se suprimían se atacaban derechos legalmente adquiridos; así es que también se habían presentado exposiciones en favor de los diezmos, en las que se expresara el temor de que por su supresión no solo se perjudicara la existencia de un servicio religioso constante, sino que al mismo tiempo padecieran los establecimientos de enseñanza superior, y las universidades, que como establecimientos de carácter mas ó menos religioso contaban con los mismos recursos. Las quejas se dirigían principalmente contra los radicales revolucionarios, á los cuales se acusaba de no tener ninguna afición á los estudios superiores y de sacrificar voluntariamente los medios que debían servir para su sosten. Para apoyar mas sus razones los peticionarios evocaron el fantasma del catolicismo: «Si los jesuitas y los papistas, decía una exposición del Lord Corregidor y los aldermen de Londres, llevan adelante sus planes de excitar á la nación contra las universidades y la ciencia, que son de alta importancia para la propaganda del Evangelio y para combatir la herejía, si logran que se suprima el modo de sostener actualmente el culto, si convencen al pueblo de que el gobierno nada tiene que ver en los asuntos religiosos, alcanzarán jesuitas y papistas el fin que se proponen desde la época de la Reforma.» Las razones expuestas en favor del antiguo sistema no dejaron de ejercer su influencia en la comisión de la Cámara, que el día 2 de diciembre presentó su informe. En este dictamen se proponía que se nombrasen comisarios para que pasaran revista á las parroquias y separaran á los pastores ignorantes y poco celosos; pero que los que se pusieran en su lugar, así como los que se juzgase eran dignos de continuar ejerciendo sus funciones, gozaran de la pensión que se estableciera por la ley. Se conservaban, pues, los diezmos y se proponía que en donde su recaudación presentara dificultades, después de un examen detenido del asunto, se sustituyeran por medio de dinero ó de tierras. Sin embargo, la disposición en que se hallaba la Cámara hacía dudoso si aprobaría el dictamen de la comisión; y en efecto, después de unos debates que duraron varios días, el 10 de diciembre desechó la Cámara por cincuenta y seis votos contra cincuenta y cuatro este párrafo del informe de la comisión, quedando condenados los diezmos á ser suprimidos.

Hasta entonces Cromwell había dejado en completa libertad á la Asamblea de notables puritanos, pero ya en agosto se había quejado particularmente á su suegro Carlos Fleetwood de su conducta. «Nunca he necesitado mas que ahora el apoyo de mis amigos cristianos, y con gusto vería que con la voluntad de Dios, fueran apreciados mis servicios por los santos. Pero no sucede así, pues están en oposición los unos con los otros, procuran solo seguir su propio camino sin cuidarse de los demás, y apenas hay uno solo que se halle poseído del amor al prójimo.» Cuanto mas avanzaba la Asamblea en sus trabajos, tanto mas debía convencerse Cromwell de que perturbaba muchos intereses que solo de él podían esperar protección. Los legistas se veían ofendidos y amenazados por aquella turba suelta de laicos que en su entusiasmo por las reformas hubiera sustituido al derecho inglés la simple «ley de Dios», y quería suprimir el mas alto tribunal antes de haber encontrado medio de

sustituirlo. Los pastores que disfrutaban beneficios, los poseedores de los patronatos y los particulares que recaudaban los diezmos veían los perjuicios que les resultarían en sus cargos, en sus propiedades y en su influencia si triunfaba la opinión de los miembros radicales de la Asamblea. Era indudable además que fuera del Parlamento existían fanáticos que querían ir aún más allá y que, con ideas parecidas a las de los niveladores, deseaban remover todo lo existente, viéndose alentados por los trabajos de la Asamblea de los santos.

El general se hallaba pues en una situación difícil é indeciso sobre si debía dejar el campo libre á la revolución que tan alto le había colocado ó si por el contrario debía obligarla á detenerse. Si se decidía por lo segundo, sabía que rompería con muchos de sus antiguos amigos, pero en cambio podía de aquel modo apoderarse de las riendas del gobierno, y con las dotes que tenía de mando, estaba en el caso de dar la tranquilidad y la paz á su patria.

Su opinión sobre la dirección de la política exterior se apartaba también de las máximas del partido radical. La guerra entre Inglaterra y Holanda había sido conducida con vigor, prescindiendo de los cambios verificados en el seno de la nación inglesa. El día 2 de junio el almirante Tromp atacó á la escuadra inglesa bajo las órdenes de Monk y Dean. Dean fué herido mortalmente por una bala de cañón estando, al lado de Monk y la escuadra inglesa sufrió grandes pérdidas; pero al día siguiente intervino Roberto Blake inesperadamente en la lucha y decidió el éxito del combate en favor de los suyos. Los holandeses enviaron una embajada de paz á Londres; pero antes de que esta hubiese obtenido resultado alguno llegó la noticia de una nueva victoria alcanzada por los almirantes ingleses. Este último combate que ocurrió el 31 de julio costó la vida á Tromp. La derrota de los holandeses fué completa, viéndose obligados á reconocer que Inglaterra era la primera potencia marítima del mundo.

Existía sin embargo dentro y fuera del Parlamento pequeño un fuerte partido al cual no satisfacían los triunfos obtenidos, sino que quería continuar la guerra hasta que los Países Bajos hubiesen perdido su independencia. Eran los «partidarios de la quinta monarquía», que lo mismo que los anabaptistas del siglo XVI soñaban en que había llegado el momento de que empezara el imperio que en la historia del mundo debía sustituir á las cuatro monarquías reconocidas. Tenía este partido muy presentes las palabras del profeta Daniel: «El imperio, el poder y la fuerza de todo lo que exista bajo del cielo pertenecerá al pueblo santo del Señor, cuyo imperio es eterno, y todo poder le obedecerá y servirá.» En la declaración que publicó el Parlamento al reunirse se decía: «Si no nos engañamos, el pueblo entero de Dios espera con impaciencia asombrosos cambios en el mundo, que solo podrán compararse con los de la época que precedió al nacimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo;» y se añadía: «que el Parlamento esperaba y ansiaba la llegada gloriosa del Rey de reyes y Señor de señores y que no cesaría en sus conquistas hasta haber vencido á todos sus enemigos para entregar entonces el imperio á Dios Padre.» Se consideraba al pueblo inglés como el escogido para que se verificase el gran milagro de la época, y se creía que los Países Bajos serían el primer teatro de su inmediata aparición. Algunos predicadores anabaptistas declaraban que Dios había entregado la Holanda á los ingleses para que los santos desembarcaran allí y fueran avanzando para derribar á los siberitas babilónicos de sus tronos y fundar en el continente el imperio de Cristo. Uno de los embajadores holandeses que visitó uno de los conventículos de los exaltados, escribió á su país que

se trataba de excitar al pueblo contra los Países Bajos; y no se crea que este lenguaje lo usaban solo los predicadores clandestinos, pues personas de posición, como el mayor general Harrison, estaban poseídas del mismo fanatismo.

Cromwell no participaba de ideas tan extremas y creía conveniente establecer una alianza entre las naciones protestantes, deseando que cesara el derramamiento de sangre entre las más poderosas. El Parlamento pequeño amenazaba dar distinto impulso á la política exterior si el partido radical alcanzaba mayoría, y al mismo tiempo veía Cromwell comprometida la existencia de sus compañeros de armas y de todo el ejército por los acuerdos de la Asamblea, que se negaba á votar sin una gran rebaja la contribución territorial que servía para el sosten del ejército y de la marina. Por otra parte, al renovarse el Consejo de Estado en el mes de noviembre no fueron reelegidos Lambert, Fleetwood y otros oficiales, y en varios puntos se puso de manifiesto el odio contra los soldados, que sujetos por una disciplina severa se libraban de la influencia de los entusiastas.

En esta ocasión no tuvo necesidad Cromwell de intervenir directamente como en la disolución del Parlamento largo, pues una parte de la Asamblea, que de acuerdo con él se oponía á la mayoría radical de la Cámara, dió lugar á su disolución. El día 10 de diciembre la mayoría triunfó solo por dos votos en la cuestión de los diezmos, y el día 12 se presentaron sus adversarios, entre los cuales se contaba el presidente, mucho más temprano que de costumbre en la sala de sesiones á fin de obtener con seguridad el resultado que se proponían. El coronel Sydenham se levantó y en un violento discurso echó en cara su conducta al partido radical y terminó diciendo que la Asamblea, en beneficio del bien público, debía renunciar sus poderes en manos de Cromwell. En esto encontró oposición, pero también se vió apoyado por una buena parte de la Asamblea. Finalmente, mientras los radicales se iban reuniendo en gran número, abandonó de pronto su sitio el presidente, precedido del cetro de la Cámara y acompañado por varios de sus miembros; y llegado que hubieron á Whitehall extendieron un documento en el que hacían renuncia de sus poderes y lo entregaron á Cromwell, el cual delante de varios oficiales lo aceptó como expresión de la voluntad del Parlamento. En los días siguientes se aumentó el número de firmas que lo suscribían. Aunque Cromwell dijo después que no había tenido noticia anticipadamente de tal documento, no es de creer que se hubiese procedido de aquella manera sin estar convenidos con él.—Un coronel y un mayor ordenaron á los miembros de la Asamblea que permanecían aun en el salón de sesiones, que se alejaran, y en vista de su negativa se mandó despejar el salón por una compañía de mosqueteros.

La tentativa de sustituir el Parlamento largo por una Asamblea de hombres independientes y de toda confianza, no había dado resultados, y en su lugar se estableció un nuevo poder supremo ejercido por miembros del consejo de oficiales superiores y presidido por Cromwell, poder que fué proclamado solemnemente el 16 de diciembre. Una brillante comitiva salió al medio día de la residencia de Cromwell en Whitehall, dirigiéndose parte á pie y parte en carruaje, entre dos filas de soldados á la gran sala de Westminster. Abrieron la marcha los comisarios del gran sello, los jueces superiores con sus trajes oficiales, los miembros del Consejo de Estado, el Lord corregidor y los aldermen con sus mantos encarnados. El general seguía después, vestido de terciopelo negro, con botas de montar y un galon de oro en el sombrero, precedido de su guardia de corps y rodeado de los oficiales superiores con la espada desenvainada. En la sala de la Cancillería se había puesto un rico sillón encima de una

magnífica alfombra y allí se agruparon los que iban entrando, quitándose el sombrero en el momento que entró Cromwell y se colocó al lado del sillón. En seguida el mayor general Lambert declaró que el último Parlamento se había disuelto y suplicó á Cromwell en nombre del ejército y de las tres naciones de Inglaterra, Escocia é Irlanda que aceptase el poder atendiendo al contenido de un documento que se le presentaba y que fué leído en voz alta. En él se disponía que: «el más alto poder legislativo de Inglaterra, Escocia, é Irlanda y de las colonias» debía residir en una «sola persona» con el título de «Lord Protector» y en el pueblo «por medio del Parlamento.» Cromwell era nombrado Protector durante toda su vida y se disponía que el que ejerciera el Protectorado tuviese todas las atribuciones de un monarca y fuera recompensado con bienes del Estado. Todos los nombramientos y todos los documentos del Estado debían ir en su nombre. El Consejo de Estado de acuerdo con él debía dirigir la política exterior, decidir los casos de guerra, y cuando estuviese suspendido el Parlamento podía intervenir en el mando de la fuerza armada. El Consejo de Estado tenía además el derecho de nombrar el sucesor del Protector, que sin embargo no podía ser ningún individuo de la familia del difunto rey. En la exposición se nombraban quince individuos del Consejo de Estado, entre ellos Fleetwood y Desborough, yerno y suegro del Protector respectivamente, y Lambert. El Protector podía añadir siete miembros más con la aprobación de la mayoría. Hasta que se reuniese el Parlamento, el Protector, de acuerdo con el Consejo de Estado, podía exigir contribuciones para el pago de los gastos de la guerra y dar disposiciones para la tranquilidad y el bienestar del pueblo. El día 3 de setiembre de 1654 debía reunirse el Parlamento elegido por medio de una ley electoral á la cual había servido de modelo el bill de reforma de Henry Vane, pero en ella se habían hecho aquellas restricciones del derecho electoral activo y pasivo, por cuya falta el proyecto anterior había encontrado tanta oposición. Todos los partidarios del rey que desde 1.º de enero de 1642 habían trabajado contra el Parlamento, no podían tomar parte en las tres primeras elecciones que se verificaran; y quedaba á cargo del Consejo de Estado vigilar las elecciones y decidir de su validez. Cada tres años debía haber á lo menos una vez elecciones, y los cinco primeros meses después de la apertura de las sesiones, el Parlamento no podía ser suspendido, prorogado ni disuelto, sin su aprobación. El Parlamento era el que debía señalar las contribuciones; tenía el derecho de declarar nulas las disposiciones que provisionalmente hubiese tomado el Protector; y cuando hubiera una vacante en el Consejo de Estado podría presentar mociones para que se llenase. Sus resoluciones mientras no significaran un cambio en el gobierno del país tenían fuerza de ley á los veinte días de haber sido presentadas al Protector, aunque este no hubiese dado su aprobación.

Entre los fundamentos del Estado que no podían ser mo-

dificados, se contaba la existencia de un ejército de treinta mil hombres y de una escuadra, para cuyo sosten se fijaba una contribución anual permanente. Al mismo tiempo se declararon inmutables algunos principios político-religiosos. La religión cristiana, tal como se encontraba en la Biblia, fué declarada nacional, y el poder del Estado se obligaba á tener activos y celosos maestros «de las verdaderas creencias,» protegiéndoles mejor que hasta entonces con recursos suficientes, pero conservando interinamente la misma manera de soste-



Medalla conmemorativa del Protectorado; 1653 (tamaño natural)

ner el culto. Todos los que creyeran en Cristo, aunque no adoptasen el dogma y rito del Estado, debían gozar de libertad religiosa, mientras de ello no resultase «perturbación del orden público.» Los partidarios del papado y del episcopado quedaron exceptuados de esta medida, así como los que bajo la apariencia del cristianismo, cometieran inmoralidades en hechos ó en palabras.

En conjunto contenía la exposición unos cuarenta y dos artículos cuya lectura duró media hora. Terminada ésta, pronunció Lisle, uno de los comisarios del gran sello, la fórmula del juramento que debía prestar el Protector, el cual levantó la mano y después firmó la fórmula escrita. Después dirigió la palabra á los que se hallaban reunidos, diciendo que deseaba que su poder durase solo mientras estuviese de acuerdo con la obra de Dios, y sirviera para la propagación del Evangelio y la conservación del derecho y de la propiedad del pueblo. Lambert le entregó entonces una espada que él colocó en lugar de la suya, para mostrar que aceptaba la autoridad pacífica de primer ciudadano, sentándose entonces con la cabeza cubierta en el sillón que estaba preparado. Entregáronle entonces el gran sello y la espada del Lord Corregidor, que él devolvió, encargándoles que usaran bien el poder que se les confiaba. Terminada la ceremonia, dirigióse nuevamente la comitiva á la entrada de la sala, y de allí, á la sala de los banquetes de Whitehall, en donde predicó uno de los capellanes del Protector. El palacio delante del cual se había levantado el cadalso del rey, tenía dentro de sus muros un nuevo señor cuyo nombre fué proclamado á son de trompeta por todo el reino.